

Marina Oroza

Decir

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía, Nota de lectura,
Publicación: 08/05/2023 Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Marina Oroza:

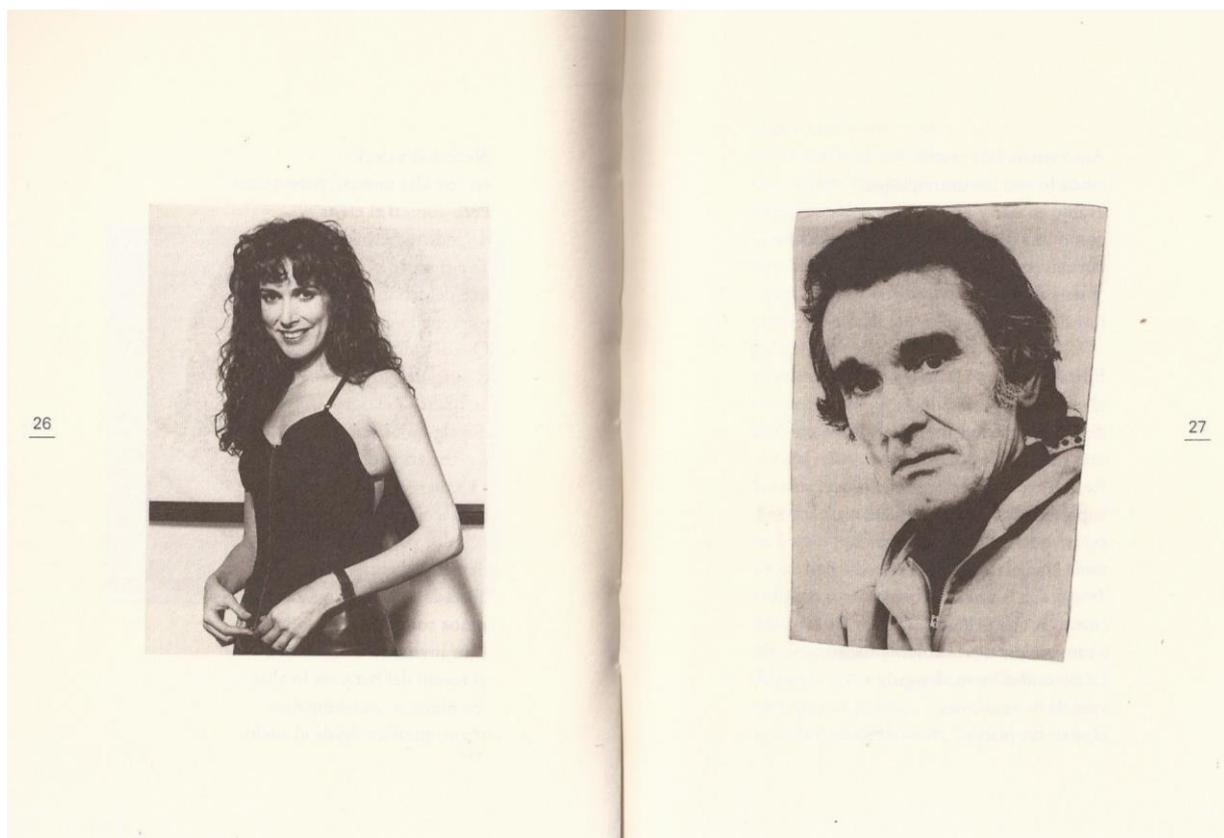
Decir

Madrid, 2023, Árdora ediciones



Un libro emocionante y hermoso, que vale tanto como una autobiografía sentimental y con la fuerza brutal de un golpe en la mesa de un “aquí estoy yo por fin”, con dureza y amor. Tanto silencio, tantos años de silencio y búsqueda para llegar a ese descubrimiento del “si hubiera sabido que el amor era esto” – que dijera el veterano poeta Rafael Montesinos, aunque en un contexto tan otro que no viene a cuento precisar más la cita. O más que el amor, el desamor y el abandono inconsciente de sí mismo, amor y abandonos. Para quienes conocimos y amamos a Carlos Oroza, a Oroza no-padre, sabemos hoy como descubrimiento liminar, el libro de Marina Oroza, al fin dueña total y por derecho propio de su propio apellido, nos resulta potente revelación de algo que se escondía tras la brillantez y fragilidad de aquel bardo gallego recalcitrante y fascinador tanto como fascinante, codicioso de “do lonxe”, de ritmo envolvente de largo aliento, y que cuanto más te acercabas a él por su hipnotizante atracción de felino u ofidio más podía mostrársete en su ser maldito como maledicente y malo en el sentido de sin piedad... Yo, en mi juventud más creativa y poética le dediqué mi mejor – y aún dudo que si único – libro de versos de belleza inconsciente y por ello verdaderos e iluminantes por iluminados. Y hoy Marina, con su “Decir”, me muestra – santo espíritu o revelación de una hija y padre de idénticas dimensiones, nueva trinidad o divinidad verdadera – la realidad de una vieja sospecha, de una antigua atracción fatal o puerta entreabierto al misterio de la alta poesía.

No sabría expresarlo mejor. Por eso hay que leer y hasta recitar en alto el poema de Marina, de este poema al que ella denomina tímidamente, pudorosamente, “Decir”, y que es un potente grito de la familia de un famoso Aullido americano, pero menos retórico si cabe, más de verdad, más verdad, poema verdadero. Con imágenes que ahondan esa veracidad poética y dramática, de las que se te quedan en la retina y en el cerebro como un pinchazo o trepanación, y no quisiera mostrarme truculento porque el verismo del poema de Marina le multiplica la fuerza de las alas poéticas, de su música alada...



En ocasiones narrativo, en ocasiones lírico, la alternancia va construyendo una profunda verdad de desarraigo y mudez que conmociona poco a poco hasta llegar a esa raíz, o a esa tierra inexistente “de mi raíz” con que se cierra el largo poema; que en lo narrativo alcanza al hondón de una historia que novelada no alcanzaría tanta hondura expresiva. Una cita pasajera a Kafka podría haberse ampliado hasta que su sombra abrazase a todo el poema, pero la delicadeza de Marina la redujo a un pequeño ángulo de él, como guiño mínimo, como otro a Olvido García Valdés. Y como siempre me sucede con libros a los que termino amando, no pude resistir la tentación de jugar con él y con sus fragmentos para construir un poema mío con palabras exclusivas de Marina Oroza, que quedó como sigue:

... tu destino será huir.
No hay donde esconderse
es la única patria
¿De una invasiva luz en la luz?

...qué hago yo aquí,
trueno de no sé qué.
Llegué vestida de negro
como una página en blanco
a cámara lenta, en blanco y negro.

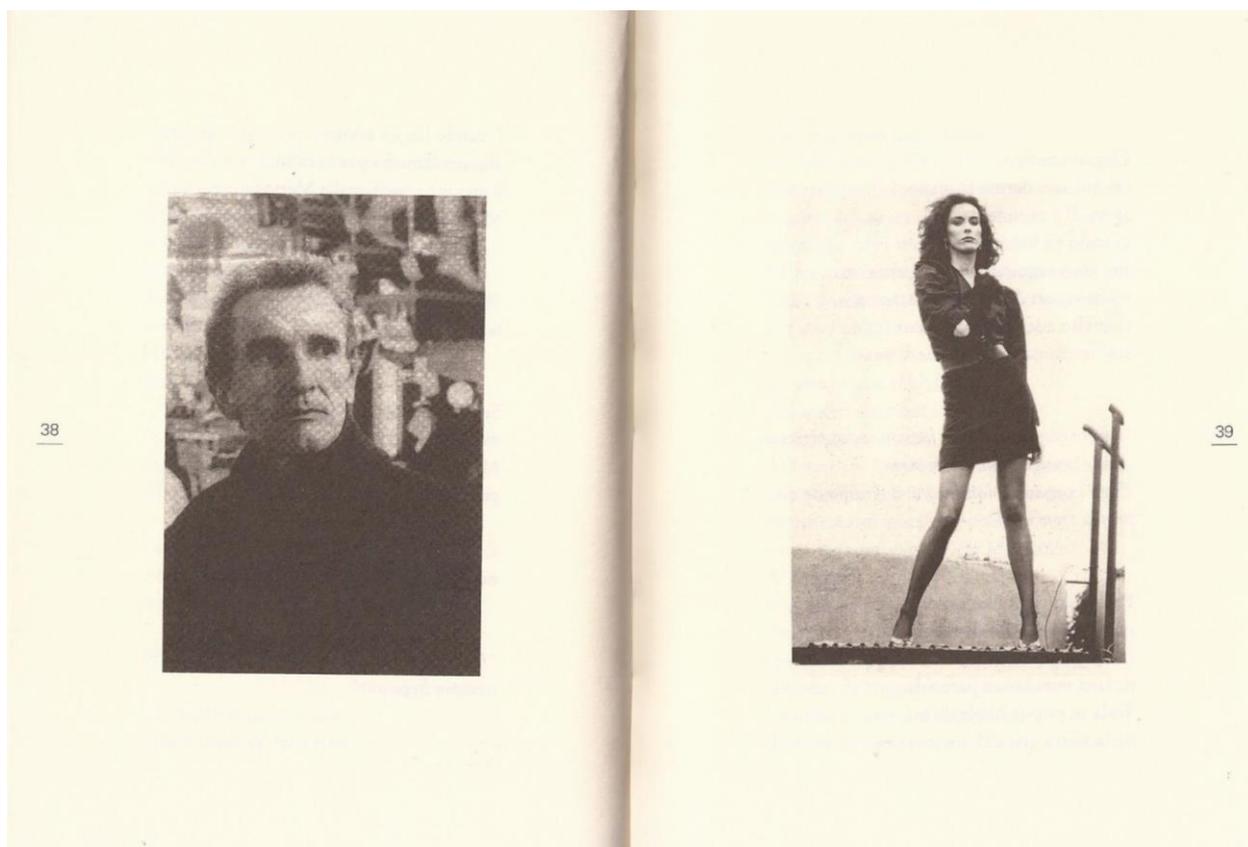
...el hilo para no perder el hilo.

...una experta en amores imposibles
Me pongo en la mirada de los otros
para que me quieran.
Toda tu poesía habla de mí,
tras de ti estás, detrás de mí.
Es complicado ser yo.

...no queda nada en la memoria.
Envuelta en un abrigo negro,
Me gustaría ser tú,
dijiste...

Dejad que crezca
el mar de la infancia,
dejad que rompan las olas.

Solo quiero decir, decir
lo que no dije.
Decir lo que no existe,
la tierra de mi raíz.



El poema de Marina Oroza se bastaría a sí mismo para sugerir un drama vital casi trágico, pero un breve texto final narrativo le da mayor profundidad si cabe, hace más comprensibles algunos versos y aquí, como recuerdo e invitación - y espero que sin que me riñan demasiado ni la autora ni los editores - tengo la osadía de recoger como una pequeña joya más para esta plataforma del Archivo de la frontera:

Carlos Oroza era mi padre biológico, que no es poco. Tuve una relación imaginaria con él. Cuando supe de su existencia y por fin fui a conocerle yo ya era adulta. La gran pérdida fue a las pocas semanas de yo haber nacido, cuando Oroza se fue de mi lado para siempre. Su muerte fue para mí una esencia de perder o perdido.

Cuando yo era una niña, mi madre, con el objetivo de protegerme de sus problemas, no me hablaba de un padre al que yo no conocía. Y yo, que siempre estaba callada, me sorprendía de mi propia voz las pocas veces que decía algo. Un día, mi abuela, ante la pregunta «¿Dónde está mi padre?», me contestó: «Se fue a América». Desde entonces, el resto de mi infancia,

fantaseaba con que un hombre con traje negro y corbata se acercaba a mí en el autobús, en un semáforo, antes de cruzar la calle... y me preguntaba: «¿Te llamas Marina?», era él. En aquel entonces, allá en los años sesenta, en España no existía el divorcio. Los niños me rodeaban en el colegio preguntando si era cierto que yo no tenía padre, a lo que yo respondía en silencio con una mirada de incipiente mujer fatal.

Pasé la adolescencia en Barcelona. Escribía poemas. Solía bajar y subir por las Ramblas, como si estuviera ausente. Alguien dijo que en lugar de andar me desplazaba por el aire, a unos centímetros del suelo. Los amigos me preguntaban si me gustaría conocer a mi padre, a lo que yo respondía que no, argumentando que era un señor que en realidad no tenía nada que ver conmigo. Hasta que un día leí a escondidas una carta del abogado de mi madre en la que estaba el relato acerca de mi padre, un poeta... Mi madre tenía la carta guardada en un cajón.

Más tarde me formé como actriz. Fue un impulso vital enfocado de manera terapéutica debido a mi extremada timidez. Tenía la imperiosa necesidad de ponerme en la piel de otros, vivir otras vidas para expresar emociones. Empecé a hacer viajes a Madrid y a trabajar profesionalmente. Un productor me preguntó que por qué quería ser actriz y yo le contesté que tenía muchas cosas que decir. Recuerdo su mirada desconcertada y recuerdo también cómo se iba llenando de energía mi presencia. Por fin iba a existir.

En aquella época solía encontrar señales, azares, coincidencias acerca de mi padre biológico. Una revista literaria que hablaba de él, un amigo escritor que conocía su obra, comentarios inquietantes sobre su persona, algunos poemas suyos en mis manos que no podía leer del todo... Nunca he podido leerlo porque me mareaba. La evidencia de que en efecto mi supuesto padre biológico tenía tanto que ver conmigo hizo que empezara a buscarlo. No era fácil, no tenía domicilio ni teléfono. Pasaron años. Hubo varias

ocasiones de poder acudir a su encuentro, pero en el momento en que parecía que se iba a hacer realidad, y debido a que la sola idea me producía náuseas, me echaba atrás. Hasta que llegó a mí la información de un recital de Carlos Oroza en un centro cultural de una Caja de Ahorros en Vigo. El 20 de marzo de 1986 subí a un avión con destino a Vigo. Desde el cielo pude apreciar la melancolía de ese paisaje que no conocía pero que sin embargo me era tan familiar. Al llegar a Vigo escuché de lejos una voz de alguien que llamaba a una niña, «Marina, Marina...», allí era un nombre común. Me senté en una cafetería. Sobre la mesa había un periódico local, lo abrí y me encontré con un retrato de él. «Recital de Carlos Oroza y golpe de mano a la razón», en el Centro Cultural Cidade de Vigo.

Subido a un escenario, encarnando un recital hipnótico, le vi y le escuché por primera vez. Era un espejo extraño. Parecía que solo yo, desde el patio de butacas, podía entender lo que decía: «... deja que suban los que sufran la tentación

minando, cogiendo autobuses y ferris. Cuatro días hablando y callando en clave poética, compartiendo un estar intenso y mirándonos con los mismos ojos repetidos. Solo había algo en lo que no encajábamos, su preciso resentimiento con el mundo y mi divergente ingenuidad de otro mundo. Me enseñó la casa abandonada donde a veces pasaba la noche. Su manera de vivir, renunciando a todo, me produjo un gran respeto. Allí, en la casa abandonada, me sentí atraída por él pero fue más fuerte el impulso de rechazo. Su olor corporal me era tan familiar. Hablé de la fuerza de la sangre y de la raza: «Cuando te vi ahí plantada, con esa arrogancia de nuestra raza, la mujer que siempre soñé, y resulta que eres mi hija». Le mostré algún poema, hubo un momento en que dijo: «Bueno, ya no hace falta que lo haga yo...». Le gustaba la idea de que yo fuera bailarina o una Anna Magnani con mirada de extraterrestre. Nos despedimos una noche bajo la luz de una farola de Vigo. «Has venido a desmitificarme», dijo. «¿Qué?», dije, lo había oído pero no lo había entendido, y él respondió:

del norte, y en el territorio no compartido, permanece...». Después del recital se hizo un revuelo de gente a su alrededor en el escenario. Solo pude dar unos pasos y en el pasillo central del patio de butacas me quedé enraizada, envuelta en un abrigo negro. Carlos, mientras un periodista le grababa una entrevista, distraído con mi presencia no pudo seguir. Bajó del escenario y se acercó. «¿Y tú quién eres?», dijo. «He venido de Barcelona», respondí. «Mirad», dijo en alto, «ha venido desde Barcelona, todavía hay gente a la que le gusta la poesía». «Sí, me gusta la poesía, pero no he venido solo por eso», puntalicé. Buscó un aparte conmigo para preguntarme, esta vez en voz baja, «¿Cómo te llamas?». «Marina», respondí. «Me gusta mucho ese nombre.» «¿Y Marina qué más?» Inquieta y tímida le contesté: «Es que no quiero decírtelo», y él dijo: «Es un secreto de los dos, ¿verdad?». Fuimos a tomar algo con sus admiradores, hubo un momento en que le susurré: «Me gustaría gritar que eres mi padre», a lo que respondió: «Déjame ser libre». Estuvimos cuatro días ca-

«Nada, son cosas que me digo a mí mismo». Después de una larga pausa, dijo: «Esta es tu historia». Mas tarde, esos días, comentarían «vino una chica morena y Carlos se fue con ella». También me contaron que cuando me fui, él dijo que yo era una periodista italiana.

Al volver a Barcelona mi cuerpo había cambiado, me había hecho mujer en cuatro días que habían transcurrido como si fueran cuatro meses. Empecé a hacer extraños recitales, publiqué dos libros de poemas y tuve un hijo.

El segundo y último encuentro con Carlos sucedió en el *backstage* del Palau de la Música de Barcelona, en la primavera del 2004. Me miraba, y cuando me acerqué a darle dos besos giró el rostro para dármele en los labios. «¿Cómo te llamabas? Marina, ¿no?», a lo que respondí, con cara de si te parece me llamo Margarita: «Sí». «¿Te ha gustado?», siguió preguntando sin perder de vista a los espectadores con copa en la mano que teníamos a nuestro alrededor.

Respondí que sí. Y cuando le dije que yo también había actuado justo antes en otra sala, miró para otro lado visiblemente molesto. Seguimos hablando con unos y otros, sin perdernos de vista, cada uno por su lado, hasta que al rato me pidió fuego. Me despidió, y cuando ya me había alejado unos cinco metros gritó: «¡Recuerdos a tu madre!». Le miré por encima del hombro con una sonrisa escéptica y me fui.

70

Su muerte iluminó una leyenda, un mito de muchos. Pero también otro mito, el que construí solo para mí y que hasta este momento ha permanecido en secreto. Porque yo soy la niña que abandonó. Empecé con la poesía sin saber que era hija de un poeta y después me agarré como a un clavo ardiendo a la idea del poder de los genes. Sin embargo, la muerte zanja los vínculos y acaba iluminándolo todo a su alrededor. Además de la genética fue el dolor quien me hizo poeta. El dolor ha sido mas fuerte que la genética, hasta que se ha aliado con ella para formar una cicatriz. En febrero del 2014 coincidió la presentación

de mi tercer libro de poemas, con la de su obra completa. En las mesas de novedades de las librerías estaban los dos libros muy juntos, el suyo muy grande y el mío pequeñito.

* * * *



Enhorabuena a Marina Oroza y a Árdora Ediciones por este libro rotundo y bello. Para mí, que tanto admiré a Carlos Oroza, me parecen premonitorios los versos iniciales de *La isla*, mi primer libro (1974), en el que en la dedicatoria le tildaba de “tumador de los tumos más profundos”, sin saber, como hoy Marina me ha mostrado, a qué me refería con ello.

La dedicatoria completa decía: “A Carlos Oroza, / tumador de los tumos más profundos, / la voz que pasea su timbre por los límites de la muerte, / rey de la isla y de sus entornos”.

Enhorabuena y gracias, por todo esto, Marina.